

Organizaciones de clase en la hipótesis de construcción del socialismo en el siglo XXI

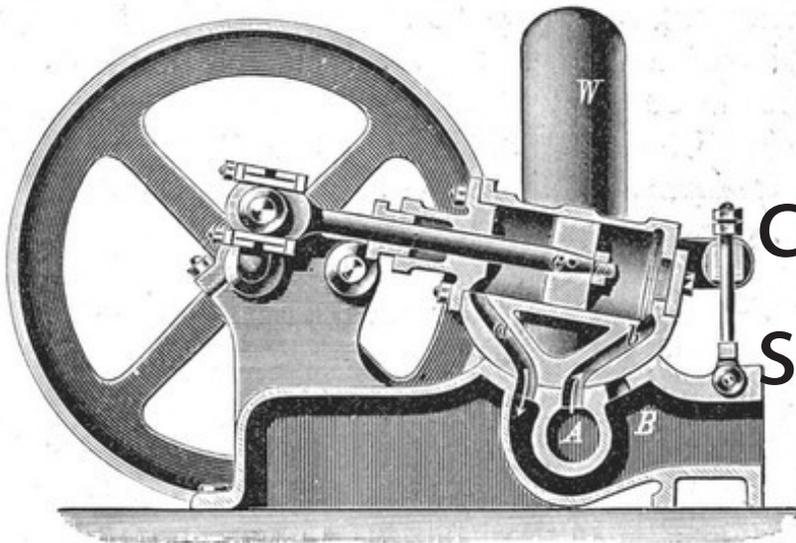


Fig. 91. Schmidt'scher Wassermotor

Luciano Vasapollo*

89

En estos últimos años hemos retomado la iniciativa política también en el nivel de la teoría y del análisis de las transformaciones capitalistas. Hemos analizado la globalización neoliberal como una nueva fase de mundialización del capitalismo moderno, que delinea en la competencia global el nuevo escenario de la explotación, atacando y comprimiendo los derechos laborales, las rentas directas e indirectas, para vencer al movimiento obrero y de clase de manera definitiva.

La competición global llega a lugares caracterizados por un bajo coste de la mano de obra, la ausencia de protección social y garantías sindicales mínimas, y favorece el desplazamiento de los trabajadores, sobre todo los procedentes del este de Europa y del norte de África, hacia Europa central, y de los que proceden de Méjico y América Latina, hacia Estados Unidos. Este fenómeno ha evidenciado la competencia entre los distintos mercados de trabajo y visibilizado

la geografía económico-productiva de la nueva división internacional del trabajo. Tanto los países de América Latina, del norte de África y del este de Europa, como los del suroeste de Asia, disponen de fuerza de trabajo a menudo cualificada y de coste muy bajo. De esta manera, mediante los procesos intensivos de deslocalización productiva, las multinacionales y las empresas de los países centrales se abastecen en el extranjero de una mano de obra chantajeable y disponible por precios inferiores. Intentan reimponer aquel proceso de acumulación que lleva en crisis estructural desde hace treinta años. Es un hecho que tanto en los países de la periferia y de la semiperiferia como en América Latina se desarrolla predominantemente la producción de tipo fordista, o sea, la producción en serie, de carácter industrial, ya casi abandonada por las metrópolis imperialistas. A la par, se instituyen unas líneas productivas internacionales que atraviesan continentes enteros. Estas líneas representan la nueva frontera de la explotación

*Traducción de Elisa Altinier



capitalista sin dejar por ello de establecer una relación directa entre los trabajadores de todo el mundo. Así que América Latina, junto a las otras áreas periféricas y semiperiféricas, representa un lugar privilegiado para la producción fordista y para una vuelta a la acumulación mediante la explotación industrial desenfrenada ya experimentada en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado por los países que actualmente se encuentran en una etapa de capitalismo maduro. Consecuentemente, es en estos países de capitalismo maduro donde se está desarrollando la fase llamada postfordista, caracterizada por la acumulación flexible, aún conviviendo con los métodos productivos fordistas y esclavistas.

90 Por todo lo dicho, nos interesamos por la realidad socio-política de América Latina, usando un enfoque completamente político y sin ninguna orientación romántica o nostálgica; en esta área se amplía cada vez más la «tijera» riqueza-pobreza, debido a la reestructuración neoliberal. Se asigna a América Latina un rol de semiperiferia económico-productiva; esta condición fomenta una lucha de clases intensa y directa. Tal lucha se desarrolla como conflicto capital-trabajo y aparece de forma explícita, concreta y salvaje, sin la mediación de las contradicciones capital-naturaleza, capital-ciencia, capital-democracia y capital-derechos. Allí la brutal represión de los movimientos de clase niega la posibilidad de asentamiento de un verdadero Estado de derecho. A través de la revista *Nuestra América*, de muchos reportajes en *Contropiano*, de cuadernos, libros, conferencias, etc., estamos demostrando cómo este cambio en los métodos de producción y la superación de la dimensión nacional (que ya no es funcional a los procesos de acumulación de la economía capitalista internacional) son producidos sobre todo por la necesidad de detener las conquistas obreras y de clase y las luchas de liberación de los pueblos, que en los años sesenta y setenta habían demostrado toda la fuerza y capacidad de transformación radical. Seguramente, el contraataque del capital logró bloquear la fuerte iniciativa de clase de aquellos años, pero demuestra de nuevo las mismas contradicciones a un nivel más alto, global, debido a la proliferación de movimientos sociales de masas, luchas sindicales, propuestas activas de clase y de resistencia extendidas mayoritariamente en las áreas donde es más evidente la explotación

capitalista. En la competición global destaca, de un lado, un capital imperial internacional que se vuelve financiero, se expande y conquista nuevos mercados mediante guerras imperiales que van en aumento; se trata de conflictos militares, donde están en juego recursos estratégicos tales como el petróleo, y también de guerras económico-financieras y sociales. Del otro lado, están las áreas periféricas y semiperiféricas como América Latina, que constituyen el laboratorio privilegiado de la naturaleza más salvaje del capitalismo.

Si observamos que el discurso neoliberal se asienta en la América indígena-indo-africana, enseguida entendemos que los trabajadores asalariados van a tener un papel distinto en el proceso de acumulación respecto al que juegan en los países desarrollados que no pertenecen al área del capitalismo maduro. América Latina es todavía un territorio colonial, es decir, es la tierra en la que también Europa se interesa por las oportunidades de mercado ofertadas y nunca por los mensajes político-sociales claros que envía. La dependencia de América Latina sigue siendo ejemplo de un contexto donde se profundiza el creciente control transnacional en los procesos de acumulación nacional, reduciendo los derechos laborales y sociales y también negando el acceso a la propiedad social de los recursos colectivos. No fue casual el viaje de Bush a América Latina en los primeros días de marzo. Su objetivo era imponer la voluntad de las empresas multinacionales sobre los modelos de consumo (la conquista de los recursos naturales para los agro-combustibles del Norte, que trae aún más pobreza al Sur) e intentar desvincular al imperio estadounidense de la dependencia del petróleo de Venezuela, después de haber perdido de hecho en Iraq y Eurasia. ¡Pero los movimientos latinoamericanos de base y de clase expresaron al imperialista Bush una rabiosa «malvenida» mediante grandes acciones de masas! Por eso, las guerras económico-comerciales son la otra cara de la misma moneda de los conflictos bélicos decididos por el imperialismo, como el terrorismo de Estado y la represión brutal de todos los movimientos de clase. No es casualidad que todavía hoy el imperialismo presione para la aplicación de las recetas «aconsejadas» por el Fondo Monetario Internacional o de tratados neocoloniales como el ALCA [Área de Libre Comercio de América].

Organizaciones de clase en la construcción del socialismo

Además de los movimientos sociales, también hay gobiernos revolucionarios y progresistas en América Latina que se oponen a tales políticas y tratados, que quieren imponer una vez más un intercambio desigual. Por eso se están fortaleciendo cada vez más los proyectos alternativos, como el ALBA [Alternativa Bolivariana de las Américas], suscrito por Cuba y Venezuela y también apoyado por casi todos los gobiernos latinoamericanos, a distintos niveles. Esto pasa porque el ALCA persigue la liberalización del comercio y las privatizaciones más despiadadas, mientras que el ALBA pone en primer plano la lucha contra la pobreza y la exclusión social. El ALBA es la expresión del espíritu nacido en las luchas de los movimientos y de las organizaciones de clase que reivindican con fuerza la socialización de los bienes comunes, demostrando de manera concreta que «otra América es posible». En efecto, que la hipótesis del socialismo real del siglo XXI se concrete pasa por aquellos vínculos de solidaridad internacional que Cuba y el gobierno revolucionario de Chávez forman junto a todos los gobiernos democráticos y progresistas de América Latina. Entre estos vínculos, constituyen un ejemplo fundamental ya no sólo el proyecto del ALBA, sino también los tratados de Petrosur, Petrocaribe, Banco del Sur, Telesur; en suma, todos aquellos proyectos y lineamientos que se centran en la promoción de los intereses de los pueblos del Sur de América y aquellas instancias de base que expresan una fuerte caracterización antiimperialista y de independencia respecto a las políticas «usureras» del Fondo Monetario Internacional. Es evidente que las soluciones a la crisis encontradas por el capitalismo internacional han estimulado el contraataque de clase de los movimientos, sindicatos y también de los gobiernos que firman acuerdos y tratados que se oponen al neocolonialismo y al imperialismo.

La reestructuración y la nueva división internacional del trabajo y de la producción impuesta por la globalización neoliberal o, mejor, por la competencia global, devuelve a la escena internacional al movimiento obrero y a los movimientos de resistencia global. En concreto, es significativo el retorno a la iniciativa de lucha por parte de los movimientos sociales y sindicales: desde los «piqueteros» y los trabajadores que autogestionan las fábricas en Argentina hasta el

movimiento «Sem Terra» en Brasil, la explosión social campesina, obrera e indígena en Bolivia, en Ecuador y en Méjico, y la resistencia popular colombiana, pasando por la consolidación y refuerzo de los procesos revolucionarios en Cuba y en Venezuela. Concretamente, es la izquierda de clase en el Sur y en el Centro de América la que produce las condiciones para las nuevas formas de oposición político-social contra el neoliberalismo y el imperialismo a nivel internacional. En suma, se trata de movimientos de clase, a menudo espontáneos, con un liderazgo político no siempre organizado, pero siempre en el seno de las dinámicas de transformación radical centradas en el conflicto capital-trabajo, es decir, más enfocados hacia lo socio-político que los movimientos de masas anti-globalización y pacifistas. En conjunto, aunque los movimientos contra la guerra y el Foro Social hayan tenido un efecto extremadamente positivo en ese giro a la iniciativa de masas, su efecto práctico ha sido escaso a la hora de detener el saqueo neoliberal en el Tercer Mundo, de frenar el proceso de privatizaciones (y sus efectos sobre los trabajadores y los pueblos) y de terminar con las guerras de agresión imperialista. Eran en realidad grandes movimientos de denuncia y de protesta, que han destacado a menudo por su ciclicidad y espontaneísmo, sin lograr consolidar movimientos de lucha fuertes, capaces de vincularse a la iniciativa cotidiana de clase del movimiento internacional de los trabajadores.

En cambio, en América Latina han emergido tipos diferentes de movimiento social, basados en la política de clase: las luchas sociales y económicas protagonizadas por las grandes masas de pobres de las metrópolis, los campesinos, los obreros, los funcionarios públicos, una pequeña burguesía que ha llegado casi a la bancarrota y las comunidades de indígenas sin tierra, unidos todos por una caracterización fuerte de política de clase. Los éxitos de los movimientos de acción directa en el bloqueo de las privatizaciones y en la eliminación de muchos regímenes neoliberales en América Latina están motivados por una vinculación expresa con las necesidades de la gente, de los trabajadores, campesinos y obreros organizados en el campo de la lucha de clases. Los movimientos sociales y de clase en América Latina se han enfrentado a desafíos políticos en el plano electoral e institucional y han sido una



contribución fundamental en la victoria de los frentes democráticos, progresistas y de izquierdas. Además, hoy sus conquistas se están extendiendo más allá, en el plano organizativo y representativo de clase. Se trata de un problema central ante el cual los movimientos tienen que enfrentarse hoy, con el fin de crear un nuevo sujeto político revolucionario y construir un partido político de masas, capaz de elaborar una estrategia que les conduzca al gobierno y al control del poder estatal por parte de los trabajadores.

92 Pero la izquierda de clase tiene este problema incluso en Italia y en Europa. Si las configuraciones de clase de los países del capitalismo maduro difieren de las semiperiféricas, como América Latina, las correspondientes estrategias y estructuras sindicales y políticas deben reflejar tales rasgos específicos. La clave es la necesidad de una convergencia entre los movimientos de lucha y la organización de la representatividad política de clase. Hay dificultades evidentes en la comprensión de las dinámicas de los movimientos y de las organizaciones internacionales de clase. Dificultades que derivan del hecho de que las fuerzas que se oponen al capitalismo y al imperialismo ya no mantienen la forma homogénea y definida de antes. Hasta hace pocas décadas había fuerzas y partidos capaces de hacerlo, de mantener unidos los proyectos de emancipación de la clase trabajadora, los proyectos de liberación nacional y los caminos hacia la construcción del socialismo. La causa de esta dificultad reside en el viraje estratégico hacia el consenso pluripartidista realizado por la izquierda occidental, que ha abandonado desde hace tiempo las prácticas de solidaridad internacional para con los movimientos políticos y sociales; sin embargo, éstos sí defienden una perspectiva socialista y anticapitalista a través de las luchas de liberación nacional o de resistencia a las agresiones militares.

Como subraya a menudo James Petras, el problema clave en la teoría y en la práctica es la cuestión del Estado, en particular la cuestión del poder estatal. En algunos casos, los movimientos políticos han derrocado determinados regímenes, pero luego el poder ha pasado a la democracia burguesa y a políticos profesionales corruptos, que han seguido adoptando políticas neoliberales pro-imperialistas. Es evidente que sin un liderazgo y un sujeto político organizado, los movimientos

de masas manifiestan más fuerza en la oposición a los regímenes que en la transición de la «protesta» a la conquista del poder estatal. Muchas grandes luchas e incluso muchas grandes victorias de los movimientos sociales y de los sindicatos han sido sofocadas, reprimidas, encauzadas hacia la compatibilidad con la democracia capitalista. Las rebeliones de masas y las movilizaciones de clase sin un sujeto revolucionario en el campo estratégico de la conquista del poder político se quedan en el mismo punto, tienen que empezar otra vez desde el principio y normalmente se enfrentan a un enemigo aún más agresivo. De esta forma se puede comprender por qué las transformaciones que han tenido un éxito mayor en América Latina tuvieron lugar en Cuba y Venezuela, donde los movimientos políticos de base están guiados por líderes revolucionarios y adoptan una estrategia clara para ejercer el poder político; por ejemplo, defienden el Estado social y no se conforman con un simple «no» a las privatizaciones, sino que abaten la propiedad privada de los medios de producción. Cuba y Venezuela ofrecen ejemplos claros de cómo tomar y defender el poder político prolongadamente, con una clara configuración socialista. Por este motivo, nuestro apoyo resulta estratégico para el refuerzo del eje revolucionario principal Cuba-Venezuela: porque expresa un sujeto político que avanza en la construcción real del proyecto del socialismo del siglo XXI.

Venezuela construye su identidad desde el socialismo bolivariano y declara la guerra al analfabetismo, lleva médicos a los barrios pobres, nacionaliza el petróleo y tiene un apoyo popular dotado de fuerza y coraje, con el claro matiz socialista de la revolución bolivariana de Chávez. Y luego está Cuba, presencia pequeña y sin embargo tan fuerte que se vuelve incómoda para quienes la miran desde Europa, desde el llamado «Primer Mundo». Lleva cincuenta años allí, resistiendo todas las presiones enormes a las cuales está sometida. Cuba ya no está tan aislada y el bloqueo, las sanciones, la propaganda anti-revolucionaria, las informaciones silenciadas, los atentados, los muertos, la gran cantidad de dinero gastado para hacerla desaparecer han sido inútiles, porque sigue estando allí y dice al resto de América Latina que otro mundo es posible, que existe ya, ¡y es socialista! La idea independentista de la gran nación latinoamericana de Martí y

Organizaciones de clase en la construcción del socialismo

Bolívar se concreta de forma antiimperialista y anticapitalista en el socialismo del siglo XXI. En efecto, el proceso cubano y el venezolano han pasado de ser movimientos de oposición a conquistar y defender el poder político, y por eso se han convertido en el blanco principal de la agresión imperial de Estados Unidos a través de golpes de estado, ataques terroristas y amenazas continuas de invasión militar. La apuesta sobre la posibilidad de poner en marcha el socialismo del siglo XXI en toda América Latina se juega justo en el eje Cuba-Venezuela. Y esta afirmación no está basada en un sentimentalismo nostálgico revolucionario, propio de cierta izquierda europea que declara apoyar las revoluciones lejos de su casa y luego acepta la compatibilidad del modernismo desarrollista, de un capitalismo moderado, de carácter social, no compatible e inexistente. Incluso hay una falsa izquierda revolucionaria europea, que exalta románticamente al guerrillero «Che» Guevara y luego denigra su pensamiento y su acción contraponiéndolo de manera instrumental y falseada a la dura labor política de Fidel, las iniciativas posteriores del Partido Comunista Cubano y el trabajo de los comunistas soviéticos, cuando todos ellos permitieron el desarrollo del proceso socialista que todavía hoy representa el fantasma que se mueve por Europa y por el mundo, a pesar de las contradicciones y de los errores.

En cuanto al pensamiento de «Che» Guevara, los distintos enfoques hacia la transición y la construcción del socialismo, estamos trabajando para profundizar en el análisis de los problemas del socialismo que tuvo lugar, pero siempre pensando en el futuro. Así que hay que elaborar ideas y acciones consiguientes y coherentes, que emerjan de procesos reales, que valoren las posibilidades de transformar radicalmente y de forma concreta, sin dogmas, sin venerar a nadie como un santo, mirando hacia delante pero sin olvidar el pasado. Crear movimientos de masas que se orienten estratégicamente hacia el socialismo del siglo XXI significa evaluar concretamente la situación real, las fuerzas presentes y la posibilidad de incidir radicalmente en los procesos de transformación. En efecto, hay que realizar desde ya unas reformas estructurales para llegar a la conquista social de los derechos y de la dignidad del movimiento internacional de los trabajadores.

Es por eso que tenemos como referente a Cuba, su revolución, su gobierno, y también a Chávez y a la revolución bolivariana, mientras que no miramos a Marcos y a la «vía zapatista». Los compañeros de los movimientos y de los sindicatos de base que dirigieron grandes luchas en los meses pasados, nos expresaron su disenso hacia Marcos durante nuestro viaje a Méjico. Como ya se sabe, el subcomandante Marcos pidió y consiguió de los suyos la abstención en las últimas elecciones, ya que no reconocía a la coalición del PRD (Partido Revolucionario Democrático) un papel decisivo en la política mejicana. Pero no es ésta (o mejor, no es sólo ésta) la mayor crítica que los movimientos mejicanos de clase hacen a los zapatistas: el debate actual se refiere también al problema de la transición de la condición de movimientos sociales y de acción directa, y de la condición de lucha a menudo espontánea, al estado de organizaciones políticas con un programa definido, con un grupo dirigente capaz de liderar las luchas y también de orientarlas hacia la construcción del socialismo. Los movimientos mejicanos de clase también piensan que el gobierno cubano y el gobierno venezolano ofrecen ejemplos claros de cómo ir más allá de la simple denuncia y protesta contra el poder de las clases dominantes. En efecto, los procesos revolucionarios cubano y venezolano exponen de manera clara la cuestión de la conquista y del mantenimiento del poder político en clave socialista, la cuestión de las nacionalizaciones de los recursos estratégicos y de los bienes comunes y de la socialización de los medios de producción, o sea, en la práctica, la cuestión del control del poder estatal.

Y así volvemos al problema planteado por los compañeros mejicanos; es decir: ¿de qué manera los movimientos sociales y los movimientos de clase tienen que convertirse en un sujeto colectivo que se mueva hacia la construcción del socialismo, implementando desde el primer momento proyectos de reforma estructural, con contenidos tácticos significativos pero orientados hacia la superación del modo de producción capitalista? La izquierda europea de clase debe llamar a reflexionar atentamente sobre estos temas a todos los movimientos y a la llamada izquierda radical. En efecto, ésta última sigue expresando un pensamiento político eurocéntrico, pero cada vez menos dotado de un plan de reforma estructural, y



sigue eligiendo el camino del acuerdo pluripartidista, basado en la compatibilidad con un capitalismo «moderado» ilusorio. Una alternativa mundial de lucha tiene que ser un proyecto que contenga un significado popular transnacional. Pero si no hay un modelo socio-económico accesible para los sectores populares nos arriesgamos a llegar al gobierno limitándonos a administrar la crisis del neoliberalismo, con una consiguiente pérdida de legitimidad. Pensemos, por ejemplo, en el caso de los giros estratégicos de algunos partidos de la llamada izquierda radical europea.

De aquí la centralidad del debate y del camino de lucha, representatividad y organización en el proceso de construcción del socialismo del siglo XXI. Hoy, la nueva clase obrera de la periferia productiva, como América Latina, no sólo es súper-explotada con los mismos aparatos y métodos fordistas usados en el pasado, sino que encuentra también como contraparte a los mismos poderes financieros, económicos e incluso políticos. Conectar a esta clase obrera con los trabajadores que se empobrecen en los países del capitalismo maduro ya no es sólo una necesidad justa y una convicción de los sectores políticos de vanguardia, sino una necesidad concreta de la lucha misma de la clase trabajadora mundial. En otras palabras, se trata de buscar la articulación imprescindible entre los intereses inmediatos de los trabajadores y una acción estratégica de claro matriz anticapitalista, orientada hacia una organización socialista y de emancipación real. Esto confirma una vez más que es de fundamental importancia la creación de nuevas formas de organización internacional y solidaria entre trabajadores. Las experiencias del sindicalismo de base, surgidas en las últimas décadas en Italia y también en España (Galicia, Cataluña, País Vasco), Francia, etc. contra la acción moderada de las centrales sindicales dominantes, y las experiencias de los movimientos de trabajadores en América Latina y de otras manifestaciones de autonomía de clase trabajadora en varias partes del mundo, son ejemplos importantes de la necesidad urgente de reconquistar las bases sociales de los trabajadores y de romper con el burocratismo de los sindicatos institucionalistas. Este movimiento de clase global empieza con la dura lucha del pueblo cubano contra el bloqueo y contra el terrorismo imperialista que le obstaculiza desde

hace cincuenta años; es un movimiento estimulado por la revolución socialista bolivariana de Chávez y que une entre sí las luchas de los trabajadores de América Latina, del sindicalismo de base y de clase italiano y europeo y la resistencia del pueblo palestino. Se trata de una resistencia global de clase que involucra cada vez más a masas de ciudadanos antes excluidos y proyecta al pueblo directamente hacia el poder según la perspectiva de superación del capitalismo y la construcción del socialismo.

Hay que llenar el socialismo del siglo XXI con contenidos reales de clase. Esta formulación, aparentemente abstracta, encuentra un ejemplo concreto en la vida cotidiana y en la intensificación de las luchas sociales globalizadas. Pero es fundamental que estas acciones tengan radicalmente una dirección contraria a la lógica del capital y del mercado. Este es el desafío de los sindicatos de clase y de los movimientos sociales y políticos antagonistas en Brasil, Ecuador, Argentina, Italia, América Latina, Europa y en muchas otras partes del mundo como única alternativa para enfrentarse a la barbarie del dominio del capital que hoy oprime y desocializa a los trabajadores. Ahora se entiende porqué la batalla para la liberación de los cinco presos políticos cubanos en Estados Unidos, la campaña internacional contra el bloqueo y toda forma de defensa de la revolución cubana es de hecho lo mismo que la resistencia palestina, la defensa de la independencia de Irak y de los países y pueblos agredidos por el imperialismo. El apoyo a los movimientos de autodeterminación de los pueblos tiene que empezar a interaccionar política y concretamente con los movimientos de Europa, con espíritu unitario, más allá de los particularismos, de los protagonismos personales y del tacticismo de los partidos. La construcción verdadera de la democracia socialista participativa es algo serio; sólo la unidad en la lucha y la solidaridad internacional políticamente concreta son eficaces y permiten la recomposición de clase como alternativa en el camino hacia el socialismo del siglo XXI. La lucha por la autodeterminación de los pueblos iraquí, afgano, libanés y palestino, la consolidación de los gobiernos progresistas de América Latina mediante el refuerzo y el desarrollo del eje revolucionario Cuba-Venezuela, representan

Organizaciones de clase en la construcción del socialismo

en lo inmediato la condición fundamental para la derrota, o por lo menos el retroceso, del mecanismo de la guerra preventiva y para la retoma a nivel global de la lucha de los pueblos contra el imperialismo.

Sólo es posible construir concretamente un proyecto global de socialismo del siglo XXI a partir de las luchas de independencia de los pueblos, de las batallas internacionales de los trabajadores y de una resistencia global mediante luchas de masas diferenciadas pero autodeterminadas. El internacionalismo y las batallas por el socialismo del siglo XXI no pueden ser un capricho de algunos sectores de la izquierda radical, sino que tienen que convertirse en un patrimonio compartido por todos los movimientos sociales y políticos de clase que ponen en discusión el orden

económico y de poder dentro de los países del capitalismo maduro. Pero esta batalla «cultural» y política de masas debe expresar una identidad representativa de clase, que sea completamente política y capaz de orientar a los movimientos de masas, sociales y políticos hacia el anticapitalismo, para la construcción de caminos reales. Tales caminos tienen que servir para difundir la convicción de que los destinos de los opositores de la mundialización capitalista en las metrópolis y en las periferias están estrechamente vinculados entre sí. Se trata de una batalla única, que hay que vencer juntos para poner fin a las causas del sistema capitalista mundial, cada vez más deshumano, en la perspectiva de la construcción de un mundo distinto, un mundo socialista.

